

soledad: piedra y camino en atahualpa yupanqui

● EVARISTO J. DAMIAN, S. J.

EN la radio escuchamos al iocutor que dice... "Y ahora: "El arriero", de Atahualpa Yupanqui... A un kiosko se acerca un muchacho y pide un cancionero. Grupos de jóvenes se juntan a cantar, alrededor de una guitarra, y otra vez más, empiezan el "Camino del indio". Son tres escenas, tres fotografías que se repiten. Todas nos hablan de él mismo: Atahualpa Yupanqui. Sí, son de esos hombres que siempre están de moda. Que el tiempo no puede guardarlo en un cajón. Y que la historia del arte y la cultura eligen para pasarlo de boca en boca.

Atahualpa Yupanqui es ya, un clásico del folklore argentino. Es un hecho.

Su canto vibra en nuestras arterias porque es todo nuestro. Su inspiración nació en las cumbres nortefías, y viene "desde los cerros", pura y fuerte, amasada entre la arena y la piedra de los caminos. Su música está acompañada al ritmo de su sangre india. Su poesía creció galopando en su corazón. Es un grito que trota desde los siglos, hecho canción de herencia y tradición anónimas. El camino le obligó a escucharla. La piedra le dio fuerza a su forma. Y el río le enseñó la armonía.

● EL TEMA

La soledad es el tema. Primero porque es clave en Atahualpa. Rasgo saliente, sentimiento-síntesis, que en cier-

to modo explica a los demás. Vamos a analizarlo, no como un absoluto, abstraído de los otros, sino como un nudo que los ata. El enfoque nos parece el más apto para profundizar en su vida, sin dejar por eso de ser parcial.

Segundo: su interés y actualidad. Hoy la soledad es un tema predilecto en la literatura, el cine y el teatro. Quizás porque la historia del arte es como la de un hombre. No la soledad más bien afectiva y pasajera del adolescente, sino una soledad adulta. Sentimiento fuerte que se impone en la madurez. Resultado realista sobre las ruinas de las ilusiones, como un testigo metafísico.

● LOS CULPABLES DE SU SOLEDAD

Forzando lo que no es esquematizable, parece que tres factores han influido en provocar ese sentimiento que campea en su madurez. Su tierra, el sufrimiento y su temperamento.

SU TIERRA. El hombre es un ser encarnado, permeable siempre a lo cósmico. "Tengo una achura en el pecho / que se llama corazón... / Cuando es linda la mañana / suena contenta su voz. / Pero ocasiones ocurre / que el invierno es llovedor. / Y el cencerro en la noche / tiene un acento tristón". (1)

(1) "Cencerro".

El clima no solo modifica nuestros estados interiores, sino que impone en nuestra psicología sus propias características.

La música de Atahualpa lleva siempre una pena. Es la misma de sus campos, que nunca dejó de mirar. La piel de su suelo es piedra y arena. El indio ha de trabajar mucho para encontrar la pulpa negra. "El valle tiene una pena / que no la conoce el viento. / La pena de mirar siempre, / mitad piedra y mitad cielo". (2)

La ausencia de pasto verde es un síntoma de la poca fecundidad. La flor y el fruto mueren siendo sólo semillas. Sólo a costa del sudor la tierra se vuelve generosa. Los músculos se vuelven tensos. Y la mirada se hace dura como la piedra que ve a cada rato. La falta de lluvia hace árida la tierra, que se abre en hendiduras como heridas. "Soy del cerro colorado / ande no sabe llover" (3)

La aridez de la tierra se le pega al corazón. La soledad de afuera envuelve la de adentro. Atahualpa (como su tierra, su paisaje, esconde su tesoro en lo profundo. Para hallarlo hay que cavar y cavar. Interiorizar es el método. Ahí, nacerán los sueños como una recompensa psicológica. La soledad le sirve de ámbito, de corteza. Dentro, encontrará la belleza que se le niega afuera. "Mi vida: piedras por fuera, / cielos adentro". (4)

EL SUFRIMIENTO. De primera, parece asomarse un destino triste e injusto al indio. Triste el color de la tierra, sin lluvia, sin pasto, sin frutos. Injusto el patrimonio de la tierra. Aquí, estéril; allá abajo en los valles, abundante y rica.

Pero la tierra aparentemente ingrata, se convierte en forjadora del carácter del indio. Su idiosincracia étnica se conjuga con la provocación telúrica. La tierra le comunica su dureza, su soledad,

su fuerza secreta bajo la opacidad de su cáscara árida. Atahualpa va a experimentar la reciedumbre, la soledad del suelo, guardando también un secreto oculto, como misterioso, de una fuerza infinita. "Dura vida de montaña. / Cantos del cañaveral. / Coplas de la noche larga. / Pena de andar y andar". (5)

El sufrimiento también es un patrimonio... "se agranda en la noche / la pena del indio". (6) Los indios se lo transmiten como una herencia. Es una cadena que va atando a las generaciones... "sólo el Ande / comprendió tu pena". Pero sólo una esclavitud exterior... "peón por afuera, príncipe por dentro" (7).

La poesía de Atahualpa es el gemido de una raza oprimida. Voz de los que han vivido callados, y solos como las piedras de cualquier cerro. Y las venas del indio, de cobre como las de sus montañas, corren con la amargura de sentirse explotadas. Así la pena del indio se acuesta y se levanta en su soledad. Soledad, todo donde guardan sus recuerdos, sus sueños, sus pensamientos. Soledad, su propiedad privada, su existencia. Lo único suyo. Es sinónimo de silencio. Es un poncho. "El poncho es una ventana por donde el indio asoma su silencio para contemplar el mundo de los demás". (8)

El dolor lo hace cueva de penas. La soledad es la roca que lo defiende. Y su cueva es calor por dentro. Es refugio, consuelo, nido de sueños. El indio sufre. Está solo. Piensa. Y Atahualpa es todo un indio. "Puso España en nosotros su Sancho y su Quijote. / Bullen en nuestra sangre su genio y su tesón. / ¡Pero hay un indio extraño, pensativo y hueraño / paseándose en el templo de nuestro corazón!" (9)

(2) Pág. 81.
(3) "La Colorada".
(4) Pág. 81.

(5) Pág. 53.
(6) "Camino del indio".
(7) Pág. 135.
(8) Pág. 35.
(9) Pág. 136.

SU TEMPERAMENTO. Son dos ojos interiores, los más aptos para captar esa realidad que le entra dentro como el aire de sus pagos. Con riesgo de nuestra objetividad, intentamos extraer rasgos de su carácter. Una sensibilidad profunda, fuerte y violenta, con una ternura dentro que se escapa en sus canciones. Sensibilidad propensa más a registrar y conservar lo adverso y doloroso que lo grato y gozoso. Sensibilidad melancólica y nostálgica como su guitarra. Es un lamento prolongado, tan profundo como indefinible. Ningún auditor se sustrae a él, al escucharlo.

Quizás también un peregrino natural y un insatisfecho que nació con él, van a favorecer su actitud espiritual: interioridad - soledad - búsqueda. "Pasando duros trabajos / y andando largos caminos. / Vivir padeciendo ausencias / parece ser mi destino". (10)

INTERIORIDAD. Lo expuesto hasta ahora nos da pie para describir el primer aspecto de su actitud espiritual. Atahualpa es principalmente un hombre interior. "Indio extraño, pensativo y hueraño".

Los cerros quietos y pensativos. Los campos con su mutismo de auroras que crecen y tardes que mueren. Los árboles pensativos que le ven pasar. El camino callado bajo el galope. Los indios y paisanos moviéndose en su órbita como planetas, lejanos uno del otro. Esta fue la escuela de chico y de grande. Y su alazán rimaba con su trote, mientras el poeta pensaba.

Atahualpa es también peregrino de caminos interiores. Su corazón está siempre inquieto. Y la vida de Atahualpa anda como sus viajes. No sabemos si es su soledad que engendra su interiorización o su afán de mundos interiores que busca soledad. "De noche cantó p' adentro, / pensando me agarra el alba.

/ Y mientras miro los campos / me voy chiflando esperanzas". (11)

La tierra es como el mar, tiene un murmullo. Tiene alma. Tanto el hombre del campo como el marino se ven empujados a pensar. La inmensidad de afuera se agranda dentro. Recogen el paisaje en un depósito del alma. Se produce una especie de ósmosis. Paisaje y hombre forman una unidad inseparable. Uno y otro se amalgaman y crean una nueva realidad que tiene vida en el interior del hombre. En el caso de Atahualpa, el hombre se identifica con el campo.

"Para el que mira sin ver / la tierra es tierra nomás. / Nada le dice la pampa. / Ni el arroyo, ni el sausal. / Pero la pampa es guitarra / que tiene un hondo cantar. / Hay que escucharla de adentro / donde nace el manantial. / ... Campo adentro y cielo limpio. / ¡Cha que es lindo galopar. / Y sentir que adentro de uno / se agranda la inmensidad!" (12)

El hombre en su contemplación, no advierte que al panorama lo está reproduciendo en su interior. Y que está mirando dentro. Está pensando. La tierra callada lo hace hablar en los caminos del alma. Y su pensamiento galopa. Un galope sólo escuchado por Atahualpa.

El hombre tiene un universo dentro. Un universo en píldora. Un universo distinto al que nos rodea. Un universo siempre nuevo. En él todo cabe... Es como un espacio infinito. Atahualpa se dio cuenta. "Un día monté a caballo / y en la selva me metí. / Y sentí que un gran silencio / crecía dentro de mí" (13).

Y el camino le enseña a andar por senderos interiores. El marino de la introspección. "... Hay que mirar dentro de uno / para encontrarle a la huella. / Cuanto me cansa el camino, / me pongo a mirar

(10) Pág. 96.

(11) Pág. 63.

(12) Pág. 111.

(13) Pág. 47.

pa dentro, / como quien arrima leña / al fogón de los recuerdos" (14).

Llevamos con nosotros toda nuestra vida. Nuestro hoy, y nuestro ayer. En el universo del alma se da esa síntesis. Es como un mundo fuera del tiempo. Toda esta maravillosa capacidad no pasó desconocida para el "indio pensador". "Nunca mires para atrás / para ver lo que has andado. / Miralo a tu corazón / que lleva un mundo guardado" (15).

Esa actitud de abrir surcos en la inmensa pampa del alma. Esa actitud de escuchar la canción más profunda, que es su mismo ser que juega a respirar. Ese encuentro con su yo intangible que sube como una ola de su océano interior, sin poder poseerla. Esa actitud pasa a tomar características religiosas. Y el indio-poeta no la elude. He aquí una de las páginas más exquisitas. Leámosla despacio como un testamento. "En lo alto de la sierra / me detuve a descansar; / pero sentí que me iba / sin moverme del lugar. / Los ojos se me perdieron / en aquella inmensidad, / y me olvidé de mí mismo / tanto mirar y mirar. / De pronto me ha preguntado / la voz de la soledad / si andaba buscando el cielo. / Y yo respondí: Quizás. / El cielo está dentro de uno / y está el infierno también. / El alma escribe sus libros / pero ninguno los lee". "Búscalo al cielo en tí mismo / que allí lo vas a encontrar. / Pero no es fácil hallarlo / pues hay mucho que luchar. / ... No te rindas al destino, / sigue buscando nomás. / Mirando lejos y adentro / un día lo vas a encontrar" (16).

Este recogimiento es dinámico "sentí que me iba". Hay como un transporte personal, un perderse "y me olvidé de mí mismo". Hasta aquí un sentimiento. Luego una reflexión... "De pronto me ha...". El proceso concluye en una afirmación. "El cielo está dentro de uno".

(14) "Huella triste".

(15) "La zamba perdida".

(16) Pág. 76.

Síntesis de la espiritualidad yupanquiiana. La realidad religiosa está estrechada por los límites de la propia persona.

Más adelante agrega: "Pero no es fácil hallarlo...". Ese cielo es fruto de una conquista que exige lucha. En la última estrofa comprendemos que Atahualpa ha vislumbrado "ese cielo", pero no lo ha experimentado. Que él es más una búsqueda, que una posesión. Sólo lo afirma pero no lo describe. Deja entrever como una exigencia de infinito y aquí delata una veta auténticamente religiosa.

En otra poesía delinea sus relaciones religiosas y un esbozo de su concepción. "Yo me quedo muy tranquilo, / ¿para qué he de esperar? / Si el que lo busca por fuera / a Dios no lo va a encontrar. / Mi corazón es un pozo. / Y ahí me pongo a rezar / cosas que los áos sabemos / y que ignoran los demás. / ... Digan por ahí, lo que digan, / perdono al que me hace mal. / Yo sé curar mis heridas / y rezo con mi cantar" (17). Aquí más que referirse al cielo como la gran querencia de felicidad y descanso, habla de un Dios, también término de una búsqueda. Si el cielo es un estado subjetivo, Dios es una persona, que vive asimismo en el sujeto. Asegurar que "este Dios" es "aquel cielo", es una relación que Atahualpa deja en el aire; nosotros también la dejamos entre signos de interrogación.

El corazón es el espacio religioso. Y la actividad religiosa, concretada en oración se desarrolla sólo en el ámbito subjetivo. Fuera de los grandes paredones del alma, desaparece el mundo religioso, del que —por supuesto— los demás no participan.

La última estrofa tiene un carácter ético, a lo sumo, de bondad natural. La desprende totalmente de una exigencia religiosa.

Estas dos poesías citadas son las únicas que exponen abiertamente su pensamien-

(17) Pág. 94.

to religioso. Fuera de ellas, no he encontrado otra referencia explícita. Uno teme que estas dos páginas sólo fueran fruto de una impresión momentánea. Pero su desarrollo acabado, explícito y claro revelan toda una posición vital.

UNA REALIDAD: SU SOLEDAD

La soledad es de algún modo necesaria en la vida humana. Es el signo de los derechos intransgredibles de la persona. Es la afirmación subjetiva de nuestra posesión individual.

Es de las experiencias humanas, tal vez, una de las más profundas. Rígida como una muralla invulnerable, da cuenta de lo intransferible de nuestro ser.

La soledad es una independencia que nos contradice. Es experimentar sin explicarse que soy único, irremplazable, irreductible. Pero no puedo permanecer en tal estado, porque mi ser es como mi palabra, no puedo guardármela. Aspiro experimental y esencialmente a una comunicación. Más, una comunión. Contradicción entre tender a otro y asegurarme a mí mismo.

La soledad tiene de positivo que me defiende de lo que ataca mi intocable existencial. Tiene de negativo —si es estado permanente— que mutila mi dinamismo de comunicación. Entonces mi vida pasa a ser un monólogo.

Para una mentalidad cristiana, la soledad es la denuncia de nuestra dependencia, de nuestra necesidad ontológica de Dios. Es el sello de pertenencia.

Esta reflexión previa acerca de la experiencia humana de la soledad quiso ser someramente completiva. Pretende preparar un esquema al sentimiento de soledad de Atahualpa, a la vez que enmarcar y juzgar sus matices.

"Soledad" y "solo" no faltan en casi todas sus páginas. Son palabras redimidas por el folklorista. Integradas a su propio vocabulario, aprietan el vigor de su experiencia original.

Soledad es la experiencia típica del peregrino. En Atahualpa tiene el sabor penoso del desprendimiento. Por eso su vida se parece a un guijarro despeñado de un cerro o a un yuyo, abandonado en la pampa. "*Estos fríos nunca matan. / Tampoco mata el dolor. / Rigores ya no me asustan, / sé andar sólo y sin amor*" (18). Resignación dolorosa que produce en el lector la impresión de un corte. Una piedra desprendida que no olvida la marca de su ruptura.

A veces tiene un aire, mezcla de orgullo y liberación. Quizás el convencimiento de que en ella su yo existencial, se afirma consistente, en su propia fuerza. "*A nadie tengo a mi lado, / porque no busco piedad, / desprecio la caridad / por la vergüenza que encierra. / ... Soy como un león de la sierra, / vivo y muero en soledad*" (19). Se desata su ímpetu indio, viril, alérgico a cualquier debilidad o a algún asomo de yugo.

La soledad es una queja o una ausencia. Es siempre el aire que respira. "*Entre la noche y el alba, / la vida se nos va yendo. / Entre el ayer y el mañana / se nos muere el mejor sueño. / Mi copla se fue en la noche / por los caminos del cerro. / Y yo me he quedado solo / parado frente al recuerdo*" (20).

La soledad humana se proyecta en una soledad cósmica. Le parece que la luna participa también de su soledad. Se hace compañera, en cuanto es semejante en su condición solitaria. "*En algo nos parecemos / luna de la soledad*" (21).

En todos sus viajes, pegado a él como su sombra, va el caballo. Su compañero de soledad. El alazán en su silencio fiel es el confidente. Su trote protege la intimidad del jinete. "*Trepó la sierra con luna, / cruzó los valles nevados. / Cien*

(18) Pág. 153.

(19) Pág. 30.

(20) Pág. 59.

(20) Pág. 59.

(21) "Luna Tucumana".

caminos anduvimos. / Mi alazán te estoy nombrando" (22).

De tanto andar y andar el jinete y el caballo son ya inseparables. No se puede dividir esa silueta que se recorta en las pampas y que avanza como una. La muerte del compañero leal aprieta más el lazo de su soledad. *"En el fondo del abismo / ni una voz para nombrarlo. / Solito se fue muriendo / mi caballo, mi caballo"* (23).

La soledad en Atahualpa no es el estado intermitente del hombre común que se reparte con momentos de consoladora compañía. Es un estado quasi-permanente, un camino largo que no acaba nunca. Este rasgo anormal, producto de la violenta tensión interior que soporta el poeta, parece una apreciación negativa o una exageración. Hay como un hermetismo conciente que excita más su energía interior.

Hasta aquí desenvolvimos únicamente una faz de su soledad. Ese agarrarse a ella para afirmarse en sí mismo. *"Que yo les cuente mis penas / me piden de tarde en tarde; / si en ellas está mi fuerza, / déjenme que me las guarde"* (24).

Pero este estado subjetivo que es un encuentro con él, en el fondo del espíritu, tiene otra cara que el poeta revela con igual intensidad. Aspiración a un ausente actual, que lo empuja como un resorte vital. Entonces no puede eludir ya...

● UNA NECESIDAD: CAMINAR

"Y prendido a la magia de los caminos / el arriero va, el arriero va" (25). Atahualpa es un arriero de sueños. Los cuida, los vigila. Ya los conoce de tanto andar con ellos. "Tropilla de sueños" que tiene un rumbo lejano. Es el rumbo del camino, "la magia" que fascina; con su abertura que llama como dos brazos ex-

tendidos, con un corazón adentro. Ese corazón que al viajero siempre le amaga en el fondo de cada bajada y en la punta de cada subida. Para el jinete que sube, el camino es la mano del corazón que quiere tocar el cielo. *"Caminito que junta el valle con las estrellas"* (26).

En todo caso el camino es siempre el sueño que se adelanta. El camino es en la poesía yupanquiense el símbolo de un dinamismo interior. Es la otra faz de la soledad que prometimos tratar.

Si antes era introspección para asegurarse a sí mismo, ahora es aspiración hacia afuera. Si antes era independencia para afirmarse, ahora es dependencia de un "ausente" para afirmarse de veras. Porque en su soledad —como interiorización— halló su propia inestabilidad.

Desde esta nueva óptica, la vida de Atahualpa tiende a una comunión. Es un nudo de una cuerda cósmica. Es pedazo de roca, inseparable, en la roca de un cerro. Atahualpa no lo declara explícitamente. Pero es el grito de su alma.

Es hora de comprender el cometido de la soledad. Ha despejado el camino interior para permitirle tomar con las manos de su alma "su intocable existencial". El inefable experimentado, sólo asequible al propio sujeto. Y en ese valle profundo, cercado por colinas de soledad, que le dejaron identificarse, oyó el llamado de su ser como dentro de una campana. *"Algunos valles se abargan como un anhelo"* (27).

Y desde ese momento camina. *"Es mi destino / piedra y camino. / De un sueño lejano y bello, viday / soy peregrino"* (28).

Este proceso artificial, antes descrito, se realiza vitalmente de un modo desconocido. El mundo está en la complejidad incomparable de cada persona. Nuestra explicación es sólo una construcción au-

(22) "El Alazán".

(23) "El Alazán".

(24) "Huella triste".

(25) "El arriero".

(26) "Camino del indio".

(27) "Piedra y Cielo".

(28) "Piedra y Camino".

● LITERATURA

daz que puede desentrañar lo que la realidad se resiste en descubrir. No sabemos si Atahualpa ha configurado reflexivamente su experiencia según nuestras líneas. Lo indudable es, su experiencia soledad-búsqueda.

El poeta no sabe dónde va a terminar el camino; ni siquiera el nombre del camino. Sólo sabe su historia: ha caminado. Su presente: caminante. Y vislumbra su futuro de acá: siempre caminar. Nada más. *"Ayer vine y hoy me alejo, / destino del caminar. / En algo nos parecemos, / vientito del Tucumán"* (29).

A propósito no he buscado sinónimos. Esta repetición que nos aturde, es provechosa. Es la definición de su vida: caminar. Y lo machaca por doquier. Es el paso del peregrino, el trote del caballo, sobre la tierra que calla secretos. El paso y el trote se vuelven pregunta y espera. *"Hoy aquí, luego allá, / ¿mañana dónde será?"* (30).

● INQUIETUD

Es la propiedad de Atahualpa. Palabra que por una maniobra etimológica se deshace en *"falta de descanso"*: inquietud. *"Yo nunca fui como el valle. / Eso lo saben los vientos. / Mi vida es domar caminos; / el valle siempre está quieto"* (31). Por eso la poesía yupanquiense es un reproche a la burguesía. Un desafío al "instalarse". Y si su vida es la semilla de su poesía, ella es un testimonio de inconformismo. No por capricho, sino por vocación.

Atahualpa es viajero por una fidelidad metafísica. Encontró en su ser —recordemos— la urgencia de un ir. Fiel en oír la voz de adentro. Fiel en no apagar su ritmo, que le echa a andar.

La querencia de los hombres le asfixia. Le queda chica. Su casa está hecha de camino y cielo con los parédones del

campo. *"Todos hablan de su pago / como si fuera el mejor. / Mi querencia es el camino; / bajo la luna y el sol". "Yo soy de un pago muy lejos. / Mi pago se llama... huella. / Mi amor se llama guitarra. / Y mi caballo... Paciencia"* (32).

El poeta siempre intuye un universo espiritual. El poeta es una aguja que rompe la materia opaca. El poeta tiene un imán en el alma que no lo deja quieto. Por eso es un "forastero". *"Yo ando por todas las sendas, / las del llano, las del cerro. / Y las que con honda huella / se van corazón adentro. / La gente me ve pasar / y me dice forastero... / Sólo escuchan mis oídos / porque mi alma está lejos. / Está mirando esos mundos / que no ven los que son ciegos / aunque se llenen de luz / y tengan los ojos bellos"* (33).

El poeta es forastero en cualquier sentido. Forastero en la pampa, en las quebradas, en los cerros norteños. Forastero también en las sendas que *"van corazón adentro"*. Hasta que un día, quizás, se convenza de que es forastero de la tierra entera.

El hombre viaja porque no hay adecuación entre sus sueños y lo que cada día le ofrece. Pero el hombre nació para una querencia. El hombre, un día debe acampar para siempre. Será no por cansancio de trajinar, sino por el encuentro pleno de sus ansias.

Ese día no habrá penas, ni ausencias. No habrá necesidad de escarbar en los recuerdos. No habrá ganas de galopar de vuelta. Ni ensillar, ni partir. Estará entonces en el pago del corazón. Atahualpa siente las profundas ganas del descanso. Y sueña con la paz de la laguna. *"Es cosa triste ser río. / Quién pudiera ser laguna. / Oír el silbo en el junco / cuando lo besa la luna. / Qué cosas más parecidas / es tu destino y el mío, / vivir cantando y pensando / por esos largos caminos"* (33).

(29) Pág. 123.

(30) "Soy un gaucho peregrino".

(31) Pág. 81.

(32) Pág. 63.

(33) Pág. 157.

(34) "Tú que puedes, vuélvete".

Caminar siempre es penoso. Es de hecho dejar algo, sin tener aún lo que viene. "Corazón; vamos andando / de nuevo por los caminos. / Te llevaré por un mundo / lleno de lunas y ríos. / Lleno también de negruras / y peligrosos abismos. / Se han de quemar muchos sueños, / unos tuyos, otros míos. / Corazón, vamos andando; / ¡vamos yendo, corazón!" (35).

El saldo del viaje. "Al que anda por las arenas / nunca le falta una pena" (36). Su propiedad, lo que va siempre con él, "Soy peregrino y soy dueño / de una tropilla de sueños" (37).

Desembocamos así en un aspecto interesante: su pesimismo. Son muchos los que dicen: "Atahualpa es todo un poeta, ¡lástima su pesimismo!" Lamentaríamos su tónica pesimista si fuera algo prestado, que usase como barniz de profundidad o como un lujo de "existencialista moderno". Pero nos guardamos las lástimas en el bolsillo porque consideramos auténtico su pesimismo.

Si el lector ha seguido hasta aquí su peregrinar interior. Si ha comprendido el ímpetu existencial que le arrebató. Si su vida es siempre un tener ganas, nada más. Si sus auroras empiezan con búsquedas, deseos, sueños, y sus ocasos recogen nada más que penas, ausencias, desilusiones, es lógico ser pesimista. De no serlo, su taladro interior hubiera sido puro engaño, su profundidad falsa, y su soledad un invento de cantor. Su búsqueda, pasatiempo de estanciero o capataz.

● INFINITO

"Entre la noche y el alba / la vida se nos va yendo. / Entre el ayer y el mañana / se nos muere el mejor sueño" (37). La vida es frágil como una cadena de humo. El mundo es un toldo insufi-

ciente para su habitante, el hombre. Y en el tamiz de la madurez hay una vivencia que no pasa. Una piedra que no se cuele: su insatisfacción. La lleva en los hombros de su alma. Por eso, el hombre quiere volar. "¡Si habré mirado las nubes / como quien escribe cartas! / ¡Si habré contemplado cóndores / envidiándoles las alas!" (39).

Nosotros sintetizamos la experiencia de Atahualpa como un ansia de infinito. Conste que esta palabra recién la usamos ahora para evitar toda suposición prematura. El poeta no lo confiesa con palabras. Pero sí con el corazón. Su canto es un rozar el infinito.

Yo le atribuyo al vocablo "sueño" un contenido muy rico. Me parece que en el vocabulario del folklorista asocia esta vivencia de anhelo de infinito. No importa que con ella implique meramente un deseo material o terrestre. Que ese sueño lo constituya para él una fiesta, una paisanita o un simple viaje no interesa. No vale el nombre: sueño; ni la realidad más próxima, detrás de ese nombre: la mujer, etc. Importa la realidad remota: Alguien Infinito. Porque lo cósmico es insuficiente. "Sueño" es el ansia insaciable, insatisfecha que persiste. Es decir "que esta a través de". Es un trote al infinito, más allá del alambrado del horizonte. Con todo queda la pregunta en suspenso. ¿No es esto la búsqueda del infinito? Pregunta que se debate por ser respuesta.

● UN REMEDIO: CANTAR

Los días pasan como una tropa. Después sólo huella, vacío, silencio. El alma de Atahualpa es un camino solitario. Cruzan los recuerdos y los sueños, pero no se quedan. Adelante, atrás, a los costados, soledad.

En este ambiente fecundiza su cantar. "Mi canto estaba dormido. / Acurrucado en el tiempo. / Pensando en auroras nue-

(35) "Soy un gaucho peregrino".
 (36) "Soy un gaucho peregrino".
 (37) "Soy un gaucho peregrino".

(38) Pág. 58.
 (39) Pág. 32.

vas / yo lo traje desde lejos. / Floreció en mi soledad / para endulzar mi silencio, / hasta que lo despertara los alaridos del viento" (40).

La soledad va a ser entonces la atmósfera por donde sube la misteriosa inspiración. Pero no podemos abstraer la soledad de la pena. Soledad, pena y canción andan siempre juntas. En la hora de la soledad la pena provoca la canción. "Y en mi lejana guardia, / rodeao por la adversidad. / yo me sabía consolar / con mi guitarra querida" (41).

Pero cantar no es más que un remedio. Es un paliativo que contrapesa la pena; no la elimina. "La vidala canta y llora, / al compás de la chirlera. / La pena crece pa'dentro. / La copla crece p'ajuera" (42).

La canción es un reemplazo de un ausente. Le sirve de diálogo, de compañía. "Como un guijarro que se despeña, / rueda mi copla, sueño y herida" (43).

El canto de Atahualpa es esencial y primariamente una expansión, una liberación subjetiva. "Toda la noche he cantado / con el alma estremecida; / que el canto es la abierta herida, / de un sentimiento sagrado" (44).

Basta de comentarios. Escuchemos al poeta que nos dice por qué canta y cómo canta. "Yo no tengo gorgoritos, / ni nunca los precisé. / Toda la vida canté / como acogotando un grito. / Pa versiar ya necesito, / cancha libre y atención. / Corro de un solo tirón / montado en mis sentimientos. / Lo que me falta de aliento / me suebra de corazón" (45). Para qué más. He aquí, un autorretrato del poeta.

Cerramos nuestro trabajo. No nos ha preocupado analizar su ideología. Obs-

cura e inútil empresa. Sí, pretendimos, interpretar a través de su expresión poética sus vivencias más humanas.

Atahualpa Yupanqui, por ser él y por ser nuestro, merece toda nuestra atención y reflexión. Nos quejamos de los elementos europeizantes o yanquis, foráneos a nuestro ser americano. Elementos siempre proliferantes, incrustados en nuestro propio devenir cultural. Charlatanería estúpida si no se convierte en esfuerzo positivo por comprender lo nuestro. Comprender: estudio, reflexión, valoración.

Atahualpa Yupanqui ha despertado el folklore argentino. Poeta de caminos de tierra y arena, entre cerros y valles, canta la profundidad del alma indígena. Su inspiración se remonta desde el corazón de su raza y se nutre sólo de nuestra "Pacha Mama". Su plasmación poética no es comprada hecha, ni prestada de afuera. No. La circunstancia geográfica se hace armonía recia en su forma. Tiene la fuerza de la piedra, la melancolía del camino, la lejanía inmensa de la pampa. Sugiere su experiencia: interinidad-soledad-búsqueda. Sus metáforas son de una elementalidad primera. Como si nos contara la Creación recién hecha, recibida directamente de Dios.

La forma pura y original, requiere un trabajo aparte, específico. Aquí tan sólo pretendimos desarrollar la hondura de su contenido.

Su mensaje es él mismo, revelado en su canción. "La copla es una paloma / con un mensaje de gracia. / Con un suspiro de ausencia. / Con un adiós en las alas" (46). ◆

(46) Pág. 55.

N. B.: Las citas, unas corresponden a sus canciones más conocidas. Otras —remiten a las páginas— de su libro de poesías: "Guitarra". — A. Yupanqui. — Ediciones Siglo Veinte, 1954.

(40) Pág. 58.

(41) Pág. 44.

(42) Pág. 38.

(43) "Tierra querida".

(44) Pág. 39.

(45) Pág. 29.